



HOMILÍA COMPLETA

Monseñor Bartolomé Buigues Oller

Jubileo
DE LOS POLÍTICOS
Y FUNCIONARIOS PÚBLICOS

Estimados hermanos, nos convoca este domingo la Palabra viva de Dios y la celebración del jubileo de los servidores públicos y de quienes ejercen la vocación política. En este año jubilar, donde toda la Iglesia es llamada a la esperanza, ustedes son invitados a redescubrir la nobleza de su misión, a reconciliar su tarea con los valores del Evangelio, y a dejarse renovar por la gracia de Dios en el servicio al bien común.

En la primera lectura, el profeta Isaías (66,10-14c) presenta una imagen tierna y maternal de Jerusalén, símbolo del pueblo de Dios restaurado y fecundo. Después del dolor y la prueba, viene el tiempo del consuelo, de la abundancia y del gozo. Esta palabra es una promesa para todos los que trabajan por la paz, la justicia y el bien común, muchas veces entre sufrimientos y resistencias. Dios no olvida a quienes siembran con lágrimas: Él es el Dios que consuela, que fortalece y que anima a seguir caminando, como una madre que abraza a sus hijos en medio del cansancio.

El salmo que hemos proclamado es una invitación universal a alabar a Dios por sus obras admirables y por su fidelidad histórica con su pueblo. Desde el paso del mar Rojo hasta la experiencia de prueba y liberación, el salmista reconoce que todo, lo dulce y lo amargo, ha sido ocasión para descubrir la cercanía de Dios. Es un canto de gratitud que nos enseña a ver la historia con ojos de fe, incluso cuando el camino se vuelve exigente. En un contexto de servicio público, es un llamado a reconocer que el actuar humano solo es fecundo cuando se abre a la acción de Dios.

Pablo en la segunda lectura (Gálatas 6,14-18), concluye su carta con una declaración fuerte: lo que realmente importa no son los ritos externos ni los méritos humanos, sino ser una nueva criatura en Cristo. La cruz no es un símbolo de derrota, sino de amor absoluto, de entrega sin reservas. En ella está el modelo para todo servidor: cargar con las heridas del mundo y responder con misericordia. En el camino del servicio público, donde fácilmente se puede buscar prestigio o poder, esta palabra nos recuerda que la verdadera gloria está en vivir con humildad, transparencia y fidelidad al Evangelio.

Precisamente, en el evangelio proclamado (Lucas 10,1-12.17-20) Jesús envía a sus discípulos a preparar el camino del Reino, no desde el poder ni la autosuficiencia, sino desde la pobreza, la sencillez y la paz. Van de dos en dos, con la misión de curar, anunciar y acoger. Este envío no es solo para el pasado, hoy también somos enviados como testigos de esperanza, sembradores de justicia y constructores de comunidad. El anuncio del Reino es también un llamado al compromiso concreto con la realidad, a transformar estructuras y a vivir con la alegría de saberse instrumentos de Dios. El verdadero fruto no está en los éxitos visibles, sino en saber que nuestros nombres están escritos en el cielo.

Dios quiere reinar, instaurar su Reinado, para colmar los anhelos tan grandes y profundos que ha puesto en nosotros. Sabe que, de lo contrario, es el mal el que campa por sus anchas tiñendo todo de luto. El mal que se encarna en las estructuras injustas dejando a mucha gente con hambre de tantas cosas, que hiere y enferma física y anímicamente. Que nos confunde en la búsqueda de la verdad al escoger incluso lo que merma nuestra dignidad de personas. Que nos divide y nos hace extraños unos a otros. Que se ceba con los más pequeños, los niños, arrebatándoles su alegría y comprometiendo su futuro. Su Reino es río abundante de paz para nosotros, de justicia, de gozo y consuelo, de abundancia para todos. ¡Cuánto tenemos que comprometernos en anunciar esa Buena Noticia y dar signos de que es una realidad en nuestro tiempo! ¡Cuánto tenemos que liberarnos para implicarnos en ese reinado y ser criaturas con las marcas de Cristo!

Queridos políticos y servidores públicos: En este día jubilar, en que elevamos nuestra oración por ustedes y agradecemos su vocación de servicio, quiero hablarles con el respeto que merece su responsabilidad, pero también con la claridad que nos exige el Evangelio, como ciudadano que comparte el anhelo de una Costa Rica más justa, solidaria y en paz. La vocación política y el servicio público son, en su raíz más profunda, formas eminentes de caridad, como dijo el Papa Pablo VI y nos recordó el Papa Francisco, y exigen una entrega generosa, una ética firme y una mirada amplia que trascienda intereses particulares. Hoy más que nunca, la ciudadanía necesita volver a creer en sus instituciones y en sus representantes, y ustedes están llamados a ser testigos creíbles de que la política puede ser un camino de justicia, de verdad y de esperanza.

La política es servicio, no poder. Jesús lavó los pies a sus discípulos y les dijo: "El que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor" (Mc 10:43). En un tiempo donde la tentación del poder, la ambición o el interés personal acecha, les pido: no traicionen la confianza del pueblo. El cargo que ocupan o anhelan no es un botín, sino una misión sagrada de construir patria. Rechacen con firmeza la corrupción, la mentira y los acuerdos bajo la mesa. Costa Rica merece transparencia, no promesas vacías.

El bien común es la meta. Que sus propuestas no estén marcadas por intereses partidistas o personales, sino que busquen el bien de todos, especialmente de los más pobres y vulnerables. La Doctrina Social de la Iglesia nos enseña que la política debe buscar el rostro de los más frágiles: los pobres, los migrantes, los ancianos abandonados, los jóvenes sin oportunidades. No caigan en la trampa de gobernar solo para unos pocos.

Nos encontramos a las puertas de una nueva campaña electoral. Es una oportunidad para renovar el pacto social, para escuchar al pueblo, para dialogar con altura y para presentar propuestas que respondan a los grandes desafíos de nuestro país, no simplemente promesas demagógicas. Pero también es un tiempo delicado, en el que se pueden agudizar las divisiones, manipular las emociones o anteponer intereses partidistas al bien común. Que sus palabras no sean armas para dividir, sino puentes para unir. Denuncien lo injusto, pero sin odio; defiendan sus ideas, pero sin calumnias. La mentira y el insulto degradan la democracia.

Como obispo, los animo a vivir esta etapa con altura moral y con profundo sentido ético. Los valores no se negocian. Costa Rica clama por líderes que protejan la vida, que fortalezcan a las familias, que cuiden nuestra casa común con políticas ecológicas serias, y que no se vendan a ideologías que deshumanizan. Que su conducta sea coherente, transparente y respetuosa. Que su compromiso con la verdad y la justicia esté por encima de cualquier cálculo electoral. No tengan miedo de ser coherentes, si su fe es verdadera, debe reflejarse en sus acciones. No puede llamarse "progresista" quien promueve el aborto, no es "moderno" el que destruye la familia, no es "eficiente" el gobernante que descuida la atención de aspectos sociales en favor de los más desfavorecidos.

Es mucho el bien que pueden hacer, pero cuidado, cuando un funcionario pide "mordida" para agilizar un trámite, no solo roba dinero, roba la esperanza de una madre que busca medicinas para su hijo. Cuando un candidato promete mil maravillas sabiendo que no puede cumplir, no solo miente, siembra desencanto en quienes aún creen en la democracia. Cuando un diputado prioriza intereses de grupo sobre las necesidades del país, traiciona el juramento o la promesa que hizo ante Dios y la patria. ¿Cómo hablar de desarrollo cuando en muchos hogares viven en condiciones infrahumanas, nuestros jóvenes caen en las garras de las drogas o cuando la violencia siega tantas vidas?

Nuestra provincia, Alajuela, también parte de Heredia que está en nuestra Diócesis, con sus campos que alimentan al país, con sus zonas francas que generan empleo, pero también con sus barrios donde crece la inseguridad y familias que luchan por llegar a fin de mes, nos exige políticos con los pies en la tierra y el corazón en el cielo. Visitemos las cárceles, allí entenderemos el fruto de las políticas fallidas; escuchemos a los agricultores, sus luchas son termómetro de nuestra economía; caminemos los barrios marginales, allí encontraremos la verdadera agenda pendiente.

El pueblo necesita ver en ustedes servidores de la unidad, promotores de la paz, guardianes de la dignidad humana. Que su motivación no sea el aplauso, sino la conciencia recta; no el éxito inmediato, sino el legado de justicia que puedan dejar a las futuras generaciones. No olviden que cada decisión que toman, cada voto que emiten, cada ley que proponen tiene un rostro humano detrás. Al final de la vida, no se les preguntará cuántos votos ganaron, sino cuántas vidas dignificaron. Que cuando la historia los juzgue, pueda decir: "Aquí pasó un político que amó a Alajuela, que amó su país, con hechos, no solo con palabras".

A veces, en la vida pública, se experimenta el peso de las críticas y la incompreensión del pueblo, el descrédito de la política. Pero Dios, que no abandona a su pueblo, llama a quienes tienen responsabilidades públicas a ser instrumentos de su consuelo, a reconstruir la esperanza de los pueblos. Cuando su acción promueve la dignidad humana, combate la corrupción, protege a los vulnerables y edifica estructuras más justas, el Reino de Dios se hace presente entre nosotros. Ustedes no son simples gestores administrativos, sino hombres y mujeres que, desde su fe y su conciencia, pueden transformar la historia con justicia, compasión y sabiduría. A ustedes, políticos y servidores públicos, se les ha confiado una parte del destino de nuestras naciones. Reciban esta misión como un don y como una responsabilidad sagrada.

El jubileo que celebramos hoy es una invitación a renovar el corazón y a permitir que la fe ilumine su vocación pública. Dios los ha llamado a construir la ciudad terrena con los ojos puestos en el Reino. La Iglesia quiere manifestarles su cercanía y ofrecer oraciones por ustedes en la importante misión que tienen en nuestra sociedad. Los acompañamos y cuentan con nuestra colaboración para todo lo bueno. Les pedimos que no se cansen de hacer el bien. Costa Rica necesita líderes con alma, con visión y con compromiso humano y cristiano.

Que el Espíritu Santo los fortalezca en su camino, y que María, la Virgen de los Ángeles, nuestra Señora del Pilar, los acompañe en cada decisión y en cada etapa del servicio público.



Monseñor Bartolomé Buigues Oller
OBISPO DIOCESANO DE ALAJUELA



ORACIÓN

Oración por los Políticos y Servidores Públicos

Señor Dios, fuente de toda autoridad y justicia,
tú que gobiernas el universo con sabiduría y amor,
te pedimos hoy por todos los hombres y mujeres
que se dedican al servicio público y a la vida política.

Dales un corazón limpio y una mirada clara,
para que no se dejen llevar por intereses egoístas
ni por la sed de poder, sino que vivan su vocación como entrega generosa
al bien común y al cuidado de los más frágiles.

Dales valentía para defender la verdad,
sabiduría para discernir lo justo,
y fortaleza para actuar con coherencia y rectitud
en medio de las tensiones y desafíos de cada día.

Hazlos constructores de paz y artesanos de la unidad,
capaces de escuchar al pueblo con respeto,
de tender puentes más que levantar muros,
y de sembrar esperanza en medio de las dificultades.

Que tu Espíritu Santo los ilumine
y renueve cada día su compromiso.

Que no se cansen de servir,
ni se aparten de los valores del Evangelio.
Y que al final de su camino, puedan presentarse ante ti
con las manos llenas de obras buenas y el corazón en paz.

Te lo pedimos por Cristo, servidor de todos,
y por intercesión de María, Reina de los Ángeles,
nuestra Señora del Pilar.

Amén